

**Incluso cuando el río se seca, todavía puede correr**



Recuerdo cuando era chico y estaba parado sobre una tierra agrietada y dura, mirando a mis primos correr y jugar donde antes corría el agua. Crecí en La Matanza, al oeste de la ciudad capital de Buenos Aires: el área más grande y poblada de la región, pero también la más abandonada y pisoteada a lo largo de los años.

La lluvia y las inundaciones seguían ocurriendo, aunque nadie me explicaba por qué. Pero yo lo sabía. Incluso entonces podía sentir que algo andaba mal. Sentía que no solo el río bajo mis pies se estaba secando, sino también un pedazo de la infancia de muchos que conocía, de los adultos, de los mayores; un pedazo de nuestra cultura e historia desaparecía y no volvería.

Algo que mi mamá había crecido viendo todos los días, de repente ya no estaba, y ese vacío despertó algo en mí.

Años después, me convertí en estudiante de Astronomía y Geofísica en La Plata, Buenos Aires. La Plata es una ciudad que se inunda con una frecuencia e intensidad cada vez mayores. Ya no hace falta que llueva fuerte para paralizarnos; todo el sistema de desagüe colapsa con cualquier tipo de precipitación. Cada tormenta no solo trae agua, sino también el miedo de volver a perderlo todo. Las familias todavía recuerdan la tragedia de 2013, cuando más de 200 personas desaparecieron y al menos 100 murieron debido a una inundación devastadora. En 2023, una tragedia similar volvió a golpear: 100 personas desaparecidas y casi 13 muertas. ¿Cómo puede ser que, siendo La Plata la capital de la provincia, esto siga ocurriendo?

Con el tiempo, aprendí una nueva palabra: *pérdida*. Y con eso no me refiero solo a la pérdida ambiental, sino también a la humana, cultural y emocional. Al crecer, entendí que la historia que viví no era solo mía, sino que se repetía en muchas comunidades de toda América Latina, donde se vive con cicatrices marcadas por el cambio climático, cicatrices que van más allá de lo medible; han erosionado la dignidad, la historia y la estabilidad.

Después de varios años viviendo en La Plata, recordé lo que era vivir de sequía en sequía. Ahora me tocaba mudarme a otro lugar afectado por los mismos problemas, pero esta vez era la capital y la ciudad más importante de la región. Mudarse implicaba dejar atrás familia y amigos, pero sentía la necesidad de hacerlo para escapar de lo deteriorante y agotador que era vivir con miedo de perderlo todo. Ese sentimiento no cambió, sino que se mezcló con uno nuevo: La Plata sufre inundaciones más fuertes y desastrosas. Intercambié mi vida anterior por una nueva, que no quedaba tan lejos de donde venía, pero al menos ahora estaba preparado para luchar y sabía qué hacer en esos escenarios.

Mi nombre es **Lautaro Ezequiel Carranza**, soy activista socioambiental y por los derechos humanos, parte de una generación que ha crecido viendo la crisis ambiental desarrollarse no solo en las películas o en la televisión, sino en tiempo real, en la vida real. Desde hace tres años formo parte de **Jóvenes por el Clima Argentina**, donde lidero esfuerzos educativos y de comunicación para generar conciencia y promover la acción en el territorio.



En 2023, enfoqué mi trabajo en *Pérdidas y Daños*, coordinando espacios y estudios en toda América Latina para identificar, replicar y defender buenas prácticas. Mi compromiso ha sido lograr que esta agenda vaya más allá de la alarma, que genere mecanismos reales de reparación y apoyo a las comunidades. Porque hay cosas que, una vez perdidas, no pueden simplemente reemplazarse.

Pero la crisis no golpea a todos por igual. Una inundación en la capital no es lo mismo que una en una de las regiones más pobres y densamente pobladas del país. En barrios como La Matanza, donde la pobreza estructural marca la vida diaria, las inundaciones no solo destruyen casas: profundizan la desigualdad, interrumpen el acceso a servicios esenciales y ponen en riesgo la salud y la vida de cientos de miles de personas. Personas que no eligieron vivir ahí, que muchas veces ni siquiera tienen acceso a la información para entender por qué están siempre expuestas al riesgo. Yo fui una de esas personas. Cuando el agua se lleva todo y no hay respuesta del gobierno, quedás solo con la pérdida, obligado a reconstruir desde cero.

He visto madres meterse en aguas sucias para recuperar un cochecito de bebé, y vecinos organizarse para rescatarse y cuidarse entre ellos cuando la ayuda oficial nunca llega. Frases que cansan, que no alcanzan. Y no son casos aislados: forman parte de un patrón de injusticia climática que se repite y profundiza con los años, porque quienes tienen poder permanecen indiferentes ante la inundación.

Por eso creo que es urgente que quien lea esto entienda por qué es importante involucrarse. Está claro que como jóvenes necesitamos juntarnos y buscar respuestas a los problemas de nuestras regiones. Una persona sola puede hacer mucho, pero todos juntos podemos lograr cambios reales: organizar encuentros, trabajar con políticos, educar a más jóvenes. Porque necesitamos visibilizar estas realidades y entender por qué las políticas públicas no deben solo

mitigar, sino también prevenir, e incluir las voces de quienes viven las consecuencias todos los días. Construyamos espacios donde esas voces tengan lugar y sean escuchadas. Trabajando juntos y fortaleciendo nuestros espacios, podemos hacer que el cambio ocurra. Pero, sobre todo, podemos inspirar a más jóvenes y personas interesadas en el activismo a sentirse parte de esta lucha. Porque, al final del día, el activismo no se trata solo de mejor infraestructura o tecnologías más avanzadas, sino de prevenir pérdidas. Y no cualquier pérdida: hablamos de vidas humanas.

Hoy, mi compromiso es con esas voces que el agua nunca debería ahogar. Aunque el cambio climático nos afecta a todos, no nos afecta por igual. Y al observar la realidad que nos rodea, es esencial verla desde todas las perspectivas. Cada pérdida debe ser una lección, cada cicatriz un recordatorio de lo que no debe repetirse. Porque el daño no es solo físico: también se pierde dignidad, seguridad y estabilidad. Y la resiliencia que tanto admiramos no es un valor en sí misma, sino el resultado de la resistencia de quienes nunca deberían haber tenido que pasar por esto.

Con la memoria de cada pérdida, espero que el dolor no sea en vano. Que crezcamos como sociedad, y que en unos años tengamos otras historias que contar.



ENGLISH

*Even when the river is dried up, it can still run.*



I remember when I was young and standing on ground that was cracked and rough, looking at my cousins run and play where water used to run. I grew up in La Matanza, on the west side of the capital city of Buenos Aires, the biggest and most populated area in the region, yet the most abandoned and stepped on through the years.

Rain and floods kept happening, yet no one explained to me why they had happened, but I could feel something was off. It felt not only that the river I was standing on was drying up, but a piece of the childhood of many I knew, of the adults, the elders, a piece of our culture and story disappeared and would not return. Something my mother grew up seeing every day, going nowhere to be seen, was a shock that sparked something in me.

Years later, I became a student of Astronomy and Geophysics in La Plata, Buenos Aires. La Plata is a city that floods with increasing frequency and intensity. Rain no longer needs to be heavy to paralyze us; the entire drainage system collapses with any type of precipitation. Each storm not only carries water, but also the fear of losing everything again. Families still remember the tragedy of 2013, when more than 200 people went missing and at least 100 died due to a devastating flood. In 2023, a similar tragedy struck again; 100 people went missing, and nearly 13 died. How can it be that, with La Plata being the capital of the province, this continues to happen?

Over time, I came to understand a new word: 'Loss'. And with this, I do not refer to just environmental loss but human, cultural and emotional too. As I grew older, I realized that the story I lived wasn't just mine, but it echoed in many communities across Latin America where they live with scars carved by climate change and are currently beyond what can be measured; they have eroded dignity, history and stability.

After some years living in La Plata, I remembered how it was living through drought to drought now I had to face moving to another one that was affected by the same problems, but this was the capital and most important city of the region, when moving meant leaving behind family and friends, I felt the need to move to avoid how deteriorating and exhausting was living with fear of losing all I had. This feeling did not change but merged with a new one. La Plata is affected by stronger and more disastrous floods. I exchanged my past life for a new one that did not lead too far from where I came, but at least now I was prepared to fight and knew what to do in those scenarios.

My name is Lautaro Ezequiel Carranza, I am a socio-environmental and human rights activist, part of a generation that has grown up witnessing the environmental crisis unfold not just in the movies or on television but in real time, in real life. For three years, I have been part of Jovenes por el Clima Argentina, where I lead educational and communication efforts to raise awareness and advocate for action on the ground.



include the voices of those who live with the consequences daily. Let's build spaces where the voices of those who live with the consequences have a place and are heard. By working together and making our spaces stronger, we can make change happen, but most importantly, it is the way that more youth and others interested in activism can see us together and feel part of our fight. Because, at the end of the day, activism isn't just about better infrastructure or more advanced technologies, but about preventing losses. And not just any loss: we're talking about human lives.

Today, my commitment is to those voices that water should never drown. Although climate change affects us all, it doesn't affect us equally. And when we observe the reality around us, it's essential to see it from all perspectives. Each loss should be a lesson, each scar a reminder of what must never be repeated. Because the damage isn't just physical: dignity, security, and stability are also lost. And the resilience we admire isn't a good in itself, but the result of the resilience of those who should never have experienced this.

With the memory of every loss, I hope the pain isn't in vain. May we grow as a society, and in a few years, we'll have other stories to tell.

